LIBRO dot.com

(Carlo Alberto Salustri, 1871-1886)

Trilussa

Poemas

Traducción de Ricardo del Campo

La máscara

Me disfracé una vez, y todavía
conservo aquella cara de cartón
que me sirvió para ocultar la mía.
Veinte años ha que duerme en un rincón
esa vieja careta ya empolvada.
Y siempre con idéntica expresión.
Y siempre con la misma carcajada.
—¿Cómo haces tú —le preguntaba un día—
para estar siempre de tan buen humor,
aún en los momentos de dolor
cuando se ensaña en mí la suerte impía?
¡Feliz de ti que nada te desvía
porque no tienes corazón ni honor!—
La máscara repuso: —Y tú, ¿qué ganas
con llorar como imagen de retablo?
Que la gente se diga: "¡Pobre diablo!
Lo siento, mas tus lágrimas son vanas.
No me importa un comino tu aflicción".
Haz como yo que, sin cesar, me río.
Y si sangra tu pobre corazón,
cúbrete el rostro con el rostro mío
para no ser objeto de irrisión—.
Desde entonces escondo mi ansiedad
bajo aquella alegría que despista,

y paso por un célebre egoísta
que se chancea de la humanidad.

El sentimiento

Al despedir de su nidal a un hijo,
un palomo ya viejo,
con solícito amor así le dijo:
—Escucha este consejo.
Huye del hombre que ha de darte caza
porque fue siempre salteador de raza,
aunque en verdad a veces es posible
conjurar su egoísmo y sus enojos
y arrancar una lágrima a sus ojos,
tocándole la cuerda más sensible.
Así, pues, si a su alcance te encontrares,
dile que tu mujer te aguarda, inquieta,
y no te ha de matar, porque él respeta
los lazos familiares.
Mas si en guisarte todavía insiste,
dile que, haciéndote pichón viajero,
puedes llegar a ser un buen guerrero
y salvar a la patria con alpiste.
Si con frases patrióticas le engañas
se enternece hasta el llanto su piedad
y, pensando en heroïcas hazañas,
te deja en libertad.
Mas si, a pesar de todo, es inclemente,
recuérdale por fin que eres pariente
del Espíritu Santo que es pichón.
Porque el hombre, ante el vínculo sagrado,
no puede ya negarte su perdón...
Pero asegúrate de que ha almorzado.

El oso blanco

¡Mira, mira al oso blanco!
¡Cómo corre! Cuando apenas

ha cortado las cadenas
del antiguo saltimbanco,
baila y salta como un rey,
por la fuerza y por la ley.

—¡Finalmente —dice el oso—
a mis anchas puedo estar,
como un pez en alta mar,
sin bozal y jubiloso!
Tras de tanto rigorismo,
soy el amo de mí mismo—.

Y por ver si está seguro,
sin peligro ni acechanza,
aporréase la panza;
da el hocico contra el muro
y, por último, se sienta
en la nieve ya sangrienta.

Se sacude todo el pelo,
liberal, independiente,
entre el ¡Viva! de la gente
que lo mira con recelo
porque duda y está inquieta,
sabe Dios por qué pirueta.

—¡Dejé al fin de ser esclavo!—
grita el oso— ¿Quién me toca?—
Y resuena en cada boca
un ¡Magnífico! y un ¡Bravo!
Pero nadie en él confía
porque ve que falta el guía.

—¡Se acabó la servidumbre!
¡Ya no tengo carcelero!
—¡Es muy justo, compañero!

Pero al fin la muchedumbre
busca un nuevo saltimbanco
que recobre al oso blanco.

La tigre

Es ya la medianoce. Luna llena.
Juntas van una tigre y una hiena,
que dejan la guarida, en el intento
de buscarse el sustento.
Mas mirando en redor, sin hallar nada:
—Esperemos que llegue la alborada—
piensa la tigre resignadamente.
—Pero —observa— se siente
entre las hojas un frufrú distante.
—¿Quién es? —dice la hiena— ¿una mujer?
—¿Qué hará a esta hora? —Aguardará al amante...
—Camina con cautela sospechosa...
—Algo va a suceder...
—Oculta alguna cosa...
Un paquete... lo deja... lo desata.
—Parece una muñeca... —¡Qué locura!
¿no ves que llora? ¡es una criatura!
Grita ¡Mamá! ¿Y ahora? —¡Oh, la mata!
¡Es la madre, ¿comprendes? y la ha muerto!
—¿Cómo? ¡La madre! ¡Santa Magdalena!—

Espantada la tigre huye al desierto,
y se humedece un ojo de la hiena.

El testamento de un árbol

Quiso un árbol del bosque convocar
a las aves y hacer su testamento.
—Doy las flores al mar
y las hojas al viento.
Devuelvo al mar los frutos madurados
a sus rayos dorados.
Y a vosotras, mis pobres avecillas,
os dejo luego todas las semillas,
porque vuestras canciones placenteras
endulzaron mis verdes primaveras.
Quiero, en fin, que mis ramas,

convertidas en llamas,
abriguen el hogar menesteroso.
Pero os advierto que mi tronco añoso
conserva entre el follaje
un gajo que merece el homenaje
de Dios y de los hombres, y que es gloria
de mi ignorada historia.
Porque es gajo rústico y modesto,
fue generoso y fuerte. Y lo probó
el día que sostuvo a un hombre honesto
que en él se estranguló.

La corderilla

Una oveja imprudente,
atravesando, descuidada, el río,
sintió un escalofrío,
hizo glu-glu y hundióse en la corriente.
Sabiendo el triste fin, por un sabueso,
todas las compañeras del lugar
acudieron al teatro del suceso
y echáronse a llorar:
—¡Infeliz corderilla!
—¡Tan buena!, ¡tan sencilla!
Llegó también el hombre, y en la brega
de demostrar su compasión cristiana,
en vez de suspirar: —¡Pobre borrega!—
exclamó conmovido: —¡Pobre lana!—

El pollo nacionalista

—¡Pobre de mí, me cortan el pescuezo!—
dijo un faisán al pollo— ¡qué tropiezo!
He leído en los diarios que mañana
hay banquete en la corte y servirán,
en honor de la augusta soberana,
el consabido plato de faisán—.
—¿Y te lamentas de morir así?

—respondióle el amigo entusiasmado—.
¿Qué más honor que ser sacrificado
por la patria y el rey? ¡Feliz de ti!
No me explico, en verdad, por qué te quejas.
Y el ideal, ¿adónde me lo dejas?
—Sí, comprendo tu afán nacionalista
—dijo el faisán peinándose la cola—,
pero te advierto que en la misma lista
figuran "Pollos a la cacerola"—.
Ante una nueva de tan rudo lastre,
el pobre pollo se sintió tan mal
que, olvidando, de pronto, su ideal,
vociferó: —¡Dios mío! ¡Qué desastre!
Patria, rey..., son palabras muy hermosas.
Pero el cuero es el cuero, y de estas cosas
yo hago siempre un asunto personal.

El talento

Al gato dijo el águila: —¡Soy célebre!
Con el nombre y la fama que yo ostento
ríome yo del mundo, pues los hombres
admiradores son de mi talento.

Y contestóle el gato: —No lo dudo.
Pero yo, que frecuento la cocina,
te aseguro que el hombre admira al águila
mas prefiere, en el fondo, la gallina.

El hombre ficticio

Cuentan que un día un pájaro inocente,
girando alrededor de un espantajo,
imaginóse que era un ser viviente
y dijo por lo bajo:
—¡Al fin podré colmar mi afán profundo
de conocer por dentro al rey del mundo!—
Pero abriéndole el cráneo a picotones,

y hallando en su interior trapos y anales,
—Éstos serán —pensó— los ideales,
quizás las convicciones
o los recuerdos de las cosas viejas
que le llenan los ojos, las orejas...
Veamos el corazón: ¿cuál es su trama?
Uf, ¡cuánta paja!, ¡con razón se inflama
por cualquier bagatela en el amor!
¿Y dónde está la fe?: vamos a ver.
¿Dónde está el honor?
¿Y esto es un hombre? ¡No lo puedo creer!
—No obstante, alguna vez lo represento
—repuso el espantajo— y no consiento
que, por hacerse el ducho,
se atreva a criticar un avechucho
de mi estructura interna los arcanos.
Pues si mañana cada cual empieza
a hurgarse el corazón y la cabeza
resultan más muñecos que cristianos.

El pollino monárquico y el asno republicano

Un pollino monárquico italiano
dijo a un asno francés:
—Tú eres feliz por ser republicano.
Yo en cambio, ya lo ves,
me encuentro bajo el yugo de un patrón
que me chupa la sangre y que me carga
con balas de cañón.
La tarea es amarga
y el peso desmedido en proporción
de las raciones míseras que como.
Y, aunque suelo quejarme hinchando el lomo,
él se burla de mí mientras me atiza,
al son del Himno Real, una paliza.
—Hermano: en todas partes se atraviesa
—dijo el asno francés— la suerte aviesa.
También me zurra mi amo por igual.
Pero, en vez de tocar el Himno Real,
canta la Marsellesa.

La luciérnaga

De noche, una luciérnaga viajera
tropezó con un sapo en la ribera
y cayó con las alas medio rotas.
Estando el sapo en tren de chirigotas,
díjole: —Tu farol está de más,
pues no sabes a dónde diablos vas—.
Y observó la luciérnaga: —¡Perdón!
Pero la luz que ves, yo no la veo
porque la tengo atrás, y en esto creo
que ha habido algún error de instalación.
Yo ilumino al pasar, es entendido.
Mas es justo también reconocer
que, si alumbro el camino recorrido,
no distingo el camino a recorrer.
¡Y no te digo los inconvenientes
que me produce aquella luz interna!
Cada vez que yo enciendo la linterna,
aprietan los murciélagos los dientes.
—Comprendo —arguyó el sapo—. Eres el puro
símbolo de esta civilización,
que, por iluminar sin ton ni son
a quien está en lo oscuro,
puede dar la cabeza contra el muro.

El león agradecido

En el desierto de África un león
que en una pata se clavó una espina
llamó al teniente de la guarnición,
quien lo operó con táctica ladina.

—¡Bravo! —dijo el león al cirujano,
agradecido del favor inmenso—
¿Qué es lo que más deseas? ¿un ascenso?
Bien. Si es que puedo, te daré una mano.

Y, aquella misma noche, diose priesa
por cumplir su promesa.
Y, más fiel que cualquier hijo de Adán,
al teniente buscó, y le dijo: —Amigo,
te ascenderán. Yo sé lo que te digo:
me acabo de comer al capitán.

El mulo neutralista

—¡Soy valeroso, fuerte!—
dijo un caballo al mulo— y voy al campo
lleno de fe y ligero como un lampo
desafiando a la muerte.
Si la bala enemiga me amenaza
con indomable ardor
sacrifico mi vida, sin temor,
por el deber de conservar la raza.
—Comprendo —dijo el mulo—.
Pero a mi vez, cuando con maña artera
ante el peligro próximo reculo,
¿no conservo la raza, a mi manera?

El espantajo

Un rústico aldeano,
para ahuyentar las aves que en la era
se comían el grano,
colocó un espantajo en la pradera.
El horrible adefesio sostenía
una bandera roja en una mano
con fiera bizarría
y se cuadraba en la actitud terrible
del que defiende un campo inaccesible.
Un tordo, preocupado del asunto,
en chocar con el bulto fue el primero.
Pero, al notarlo inmóvil, dijo al punto:
—Es un muñeco —y con afán certero

le dejó su impresión en el sombrero.

Sufragio universal

Un águila habló así: —Desde el momento
que ya existe el sufragio universal,
es justo que también el animal
mande un representante al Parlamento,
porque, a este paso, lógico es creer
que nos lo den después que a la mujer.
Pero, ¿a quién nombraremos diputado?
¿cómo hallar una bestia independiente
que con mayor acierto represente
la clase animalesca del Estado,
y exponga, en cada caso, su criterio,
sin lamerle los pies al Ministerio?
En mi opinión, sólo hay una alimaña
digna de estar entre los congresales,
y es la mosca, que sabe sus ideales
porque vuela y escarba y se da maña.
Y, en cuestión de partidos y teorías,
hay que pasar por muchas porquerías.

Animales de blasón

—¡Mísera sociedad falta de juicio!
¡Ilusoria nobleza sin decoro!—
decía un sapo verde en campo de oro
pintado en un escudo gentilicio.

—¿Qué pensaría el buen antepasado
si después de diez siglos de sosiego,
viera a su sucesor ganando al juego
con un mazo de naipes preparado?

—¡Vaya! —repuso un águila de plata
fija en otro cuartel del mismo escudo—;
¡si aquel antecesor tan copetudo

no fue más que un truhán de antigua data!...

La nobleza es el tiempo. ¡Craso error
lamentar tan pueriles desengaños!
El vástago tahúr, de aquí a mil años
será, a su vez, un noble antecesor.

El sapo y el cangrejo

Así al sapo el cangrejo interpeló:
—¿Por qué andas para atrás y atravesado?
¡Cuánto tiempo pudiste haber ganado
si anduvieras derecho como yo!

—Por sexta vez renuevas el asunto
—dijo el cangrejo—. Bueno es que comprendas
que, aparte el modo de seguir las sendas,
ambos llegamos siempre al mismo punto.

Entre otras muchas, hay una razón:
desde que mi familia, que es muy fuerte,
ha caminado siempre de esa suerte,
yo debo conservar la tradición—.

Y replicóle el sapo: —Es temerario
imaginar que todo se concilia
llamando tradiciones de familia
a lo que sólo es vicio hereditario.

El mal compañero

Un gato que se hacía el socialista
con el designio de llegar a empleado,
se estaba tramitando un pollo asado
en la cocina de un capitalista.

Otro gato, con lógica sectaria,
díjole desde el hueco de un postigo:

—Piensa que yo también, querido amigo,
pertenezco a la clase proletaria.

Bien sé, porque conozco nuestros fueros,
que si bajo, ese pollo que dispones
lo partirás conmigo en dos raciones,
ya que por algo somos compañeros.

—¡Ah, no! —repuso el otro sin pudor—.
Yo no divido nada con ninguno,
porque soy socialista en el ayuno,
pero, comiendo, soy conservador.

La fama

Decía un ciempiés: —A duras penas,
esta mañana me conté las patas,
y resulta que a gatas
llegan a tres decenas.
No se me ocurre, pues,
por qué diablos el hombre
me llama con un nombre
que no se ajusta al número de pies.
—¡Calla, infeliz! —le dijo, ante esa cuenta,
un pastel que escuchaba sus congojas—:
yo también llevo el nombre de milhojas
y no tengo ni ochenta.
Pero eso me lo guardo para mí
y no ando haciendo cálculos absurdos,
cuando el mundo está lleno de palurdos
que han llegado a ser célebres así.

El cerdo y el pollino

Viendo pasar un día, el buen pollino,
a un cerdo amigo, para el matadero,
—¡Adiós —le dijo—, pobre compañero!
¡No nos veremos más en el camino!

Y el cerdo replicó con parsimonia:
—Sé filósofo y no desesperemos,
que cualquier día nos encontraremos
en una mortadela de Bolonia.

En la azotea

Muy alto, sobre el techo en que, livianas,
anidan las volubles golondrinas,
se abren al tibio sol de las mañanas
dos ventanas cubiertas de glicinas.

En medio de esas rústicas ventanas
se alza un caño rodeado de eglantinas,
sosteniendo las cuerdas donde, ufanas,
cuelgan sus blancas ropas las vecinas.

Antes, Niña cantaba entre esas flores:
—Enamorada estoy —y a los fulgores
del sol tendía finos delantales.

Hoy la letra y la música han cambiado,
y Niña canta: —¡Oh, tú, que me has dejado—,
y tiende al sol baberos y pañales.

El corazón del pueblo

Leído el fallo que colmó el anhelo,
absolviendo de culpas al pintor,
se oyó en la sala un ¡Viva! atronador
y agitaron las damas el pañuelo.

¡Qué escena emocionante! El defensor
lo besó, satisfecho de su celo,
y una joven, oculta bajo el velo,
arrojóle un billete y una flor.

Al salir, continuó la algarabía.
¡Qué aplausos! ¡Qué ovación estrepitosa!
¡Qué inmensa muchedumbre lo seguía!

Sólo una viejecita, ya encorvada,
permanecía en su rincón, llorosa,
tal vez la madre de la asesinada.

*

El caso te demuestra claramente
la gran bondad del pueblo. Se diría
que cuando siente alguna simpatía
es sólo por el pobre delincuente.

—¿Y la víctima? —Es siempre un prepotente.
—¿Y el testigo de cargo? —Algún espía.
—¿Absuelto el reo? —¡Viva la "giuria"!
Y todo queda en nada, finalmente.

Así, para que te hagas una idea:
si mañana el bandido de Nerón
telegrafiase: "Llego con Popea",

—¡Qué honor! —diría el pueblo, y a millares
iría a recibirlo en la estación
con las bandas de música escolares.

La estadística

¿Sabes qué es la estadística? Una cosa
con que se hace la cuenta general
de los que nacen, van al hospital,
a la curia, a la cárcel o a la fosa.

Mas, para mí, la parte más curiosa
es la que da el promedio individual
en que todo se parte por igual
hasta en la población menesterosa.

Por ejemplo: resulta, sin engaño,
que según la estadística, del año
te toca un pollo y medio cada mes.

Y, aunque el pollo en tu mesa se halle ausente,
entras en la estadística igualmente,
porque hay alguno que se come tres.

Cuestión de razas

¿Y qué más da nacer en Ghetto o Roma,
o el profesar un dogma diferente?
¿Raza? ¿Sangre?... ¡Prejuicio de la gente!
¿Que son interesados? ¡Buen axioma!

Para prestarse ayuda mutuamente,
todo el mundo se entiende y se desloma:
hasta Lutero, junto con Mahoma,
protege a los cristianos del Oriente.

Isaac, el que me presta los doblones
al ochenta por ciento y prenda en mano,
es, en efecto, el rey de los ladrones.

Pero en mi caso, yo te desafío
a que hagas una vida de cristiano
sin contar con la ayuda de un judío.

Las injusticias del mundo

Si acaso oyes decir "cleptomanía"
ten seguro que es rico el que ha robado;
el gran ladrón es siempre un alocado
y el hurto que comete, una manía.

Pero cuando algún pobre desgraciado
roba una torta en la panadería,
nunca se le descubre una insanía

que lo salve de ser encarcelado.

Así es del mundo la justicia varia:
cuando Tota se fue con el pintor,
la gente la trató de "perdularia".

Mas cuando la duquesa huyóse a América
con el mucamo del embajador,
—¡Pobre mujer! —se dijo—: ¡es una histérica!

La política italiana

En mi familia el pensamiento es vario:
mi padre es demócrata cristiano
y, como empleado fiel del Vaticano,
reza todas las noches el rosario.

De tres hermanos, Luis, el más anciano,
es socialista revolucionario.
Yo, en cambio, soy monárquico, al contrario
de Ludovico, que es republicano.

Antes de ir a cenar, con tal exceso
de voces discutimos nuestros roles,
que la reunión seméjase a un Congreso.

¡Qué batahola! Pero cuando Mamma
nos dicen que están listos los ravioles
nos ponemos de acuerdo en el programa.

El registrador de caja

Antes, alguna que otra monedilla,
sobre los gastos del consumidor,
se podía robar sin el temor
de que el patrón cantase la cartilla.

Pero hoy, ¡adiós!, con el registrador,

apenas lo abres, una campanilla
te marca exactamente en la casilla
cuánto entra y sale por el mostrador.

¿Qué robas, pues? ¡Un rábano! Pero esto
te da el placer de que, volviendo a casa,
puedas considerarte un hombre honesto,

olvidando que tal puritanismo
depende de la máquina y se basa
tan sólo en la virtud del mecanismo.

Usted y yo

Estamos separados por un abismo,
como el día y la noche, de modo tal
que no puede haber nada más desigual,
pues todo es en nosotros antagonismo.

Usted pasea en auto por esnobismo
y se gasta en vestidos un dineral.
En cambio yo, que apenas si gano un real,
ando a pie y uso un traje que es siempre el mismo.

Usted es pelirrubia, yo pelioscuro.
Usted es blanca-mate, yo negro-puro.
Usted tiene lacayos, yo tengo amor.

A usted todos la alaban y a mí me apocan.
Si en verdad los extremos siempre se tocan,
¿por qué también nosotros no nos tocamos?

La sinceridad

Recuerdo siempre que de pequeñuelo,
para hacerme dormir, mi pobre abuelo
me contaba la historia de un pastor
que andaba en pos de la sinceridad.

Pero yo me dormía en lo mejor
sin llegar ni siquiera a la mitad.

Y esa fábula era
la historia de Inocencio, el pastorcillo
que se marchó una noche hacia el castillo
de la gente sincera.
Mas llegando a un camino accidentado
que de la calle principal se aleja,
halló a una pobre vieja
que le dijo: —¡Cuidado!
Mira siempre hacia aquella lumbre verde
que brilla, que vacila y que se pierde
con la estrella del cielo más vecina,
y camina, camina.
Pero si no eres hábil y flemático
te encontrarás en un momento crítico
con el cerdo político
y el gato diplomático.
Anda con pies de plomo.
No te fíes del hombre que la idea
acomoda al color de la librea
que viste el mayordomo.
Guárdate bien del ogro colorado
que habla con gruesa voz. ¡Mucho cuidado
con el ogro que tiene negro el cuero,
porque nunca es sincero!
Y cuídate también del ogro blanco,
porque jamás es franco.
Así, para estar cierto
de la persona que se te avecina,
ten siempre un ojo abierto
y camina, camina.

Y marchaba Inocencio, hora tras hora,
toda la noche, hasta llegar la aurora,
entre ogros, hacia aquella luz distante,
y hallaba una traición a cada instante.

—¿Y cómo terminó? —Ya os lo decía:
antes que el pastorcillo
llegase hasta el castillo,

yo en brazos del abuelo me dormía.

Y también hoy, en la madura edad,
si marcho en pos de la sinceridad,
me sucede lo mismo
que con aquella historia
grabada para siempre en mi memoria
desde que era pequeño.
Veo el lejano foco mortecino,
y camino, camino...
hasta caer vencido por el sueño.

El cocinero del rey

Cuando estalló en el techo del Palacio
la primer bomba y a la augusta mesa
llegaban ya, vibrando en el espacio,
las clarinadas de la Marsellesa,
el rey se puso pálido y huyó.
¡Adiós lista civil, adiós bandera!
No hubo ni un perro que lo sostuviera:
nadie en aquel desastre lo alentó.
Fugaron todos, y de la gentualla
que tan adicta fue al ceremonial,
sólo quedó ante el fuego de la hornalla
el cocinero de la Casa Real.
Y aquella misma noche el dictador
de la nueva república le dijo,
sin poder ocultar su regocijo:
—¿Cómo? ¿Que no has seguido a tu señor?
—¡Jamás! —repuso él—: yo no podría
dejar el puesto de combate, atento
que, si se hace excepción del condimento,
como comía el rey comerá usía.
Bajo el tirano que cayó en desgracia
preparaba la sopa con tortuga;
hoy la haré con cebollas y lechuga,
a la medida de la democracia.
La sustancia, en el fondo, es siempre igual:
usía, como buen republicano,

ha quitado el perfil del soberano
de la vieja estampilla nacional.
En la nueva, se ven resplandecer
la república libre y una estrella.
Mas la goma de atrás es siempre aquélla,
y el público la lame como ayer.

La perla

Dijo el rey fanfarrón, de buen humor,
a su consorte: —Véte a la cocina
y haz un manjar para el emperador
que llega de la China—.
Y la reina, que estaba ya de gala,
abandonó la sala,
se alzó la cola, se quitó los guantes
y dispuso en la regia cacerola
un sabroso budín de "pasta frolla",
relleno de confites y crocantes.
Pero una perla de su real diadema
con el calor del fuego se aflojó,
cayendo sobre el plato de la crema.
(El listo cocinero lo notó,
mas pensando, de pronto,
que a la perla, por fin,
la hallaría en los restos del budín,
se disfrazó de tonto.)
Y aquí fue el lío aquel,
porque el emperador de la Gran China
dijo a la reina con velada inquina:
—Me ha hecho usted un magnífico pastel,
pero con un confite tan grandote
que casi se me queda en el gañote.
—¿Qué confite? —dijo ella—: ¡si os habéis
engullido la perla principal
de mi corona real!
Eran siete y ahora quedan seis.
¡Tan luego aquella perla señorial
que expresamente en el Perú adquirí
por un millón y medio, en buena ley.

¡Pobre, pobre de mí
si lo supiera el rey!—
Pero el emperador le dijo: —¡Cómo!
Si es así, puede usted estar segura
de que con gran premura
se la traerá mañana el mayordomo.
Dispondré que la busque un diplomático
muy prudente y flemático
que publica, a menudo, un libro verde
de todo lo que se halla o que se pierde.
Sólo me resta, ahora,
pedirle excusas por el accidente.
Mas todo pasa y, necesariamente,
esto también ha de pasar, señora—.

Y a la noche siguiente, en la diadema
de la graciosa reina fue engarzada
aquella misma perla desgraciada
que se cayó en la crema.

Moral:
Para volver las gemas a una corona real,
cualquier vía es igual.

El hambre del lobo y las tendencias del perro

Un viejo lobo de la burguesía
dijo a la oveja: —Como soy pariente
de la que amamantó a la monarquía,
te puedo devorar impunemente—.
Y, sin dar a la víctima resuello,
le saltó encima y la tomó del cuello.

—¡Sálvame tú! —gritó la pobre oveja
al perro socialista del cantón—.
¡Que ya este malhechor me despelleja,
me destripa, me come el corazón!
¡Amigo, apúrate, por caridad,
que esta vez me asesinan de verdad!

—No sé —repuso el perro socialista—
si para la borrega proletaria
conviene la tendencia reformista
o la tendencia revolucionaria.
Hasta que no decida la tendencia
no puedo socorrerte. Ten paciencia.

Cuando el perro, por fin, se hubo orientado,
estaba el lobo en su postrer bocado.

El edicto

Cuentan que un día —y la versión es cierta—
no pudo entrar un fraile al Paraíso
porque al llegar allí, leyó este aviso
fijado, en un cartel, sobre la puerta,
con previsora táctica:
"Por orden de Dios Padre Omnipotente,
se permite el ingreso, solamente,
de aquellos curas que hayan puesto en práctica
la virtud, la templanza y el amor
que predicó Jesús Nuestro Señor.
Todos los que hayan hecho lo contrario
pasarán, sin más trámite, al Infierno.
Firmado: el Padre Eterno.
San Pedro, secretario".
—¡Pobre de mí!, ¡estoy frito!—
se dijo el cura—. ¡Sobre tantos males,
sólo faltaba este cartel bendito!
¿Pero quién diablos puede haberlo escrito?
De seguro, los anticlericales.

El horticultor y el diablo

Era, una vez, un pobre horticultor
que, cuando algo salíale al contrario,
la emprendía con todo el calendario,
sin perdonar ni a un santo del Señor.

Y, a un dos por tres, juraba aquí y allá:
—¡Cuerpo de...! ¡Sangre de...! ¡Malhaya la...!—

Un día que en el huerto, sin querer,
en lugar de un ají, cortó un pimiento,
empezó a blasfemar como un sargento.
Pero salióle al paso Lucifer,
que lo agarró por donde los empleados
tienen los pantalones más gastados.

Al verse en el espacio suspendido,
se puso a recitar las oraciones,
implorando sus altas protecciones
a los santos que había escarnecido:
—¡Dios Padre! ¡Jesucristo! ¡Virgen mía!
¡Mi alma encomiendo a ti, Santa María!—

Ante esos nombres, el demonio, huraño,
abrió las manos y soltó la presa;
cayó el horticultor, como una pesa,
sobre una parva, sin hacerse daño.
—¡De buena me he salvado!—. Y voto va:
—¡Cuerpo de...! ¡Sangre de...! ¡Malhaya la...!...

La campana de la iglesia

—¿A qué sonar? —decía una campana—.
De algún tiempo a esta parte, mucha gente,
por más que toco, pasa indiferente,
y a penetrar al templo no se allana.
Antiguamente, con menor trabajo,
la iglesia estaba llena.
Pero hoy, para llamar a la novena,
tengo que hacer milagros de badajo.
Y si los fieles me oyen distraídos,
¿qué diablos dirá Dios, que aquí me ve?
Dirá que mis tañidos
no sirven ya para alentar la fe.
—No, la razón es otra, amiga mía—
repuso un angelito solitario

que rezaba el rosario
sobre el tejado de la sacistía—.
No es culpa tuya si el fervor se apoca:
es que el alma cristiana
ya no tiene confianza en la campana
porque conoce bien al que la toca.